

# Comercio exterior de México en el primer semestre de 1973

Desde que se dieron a conocer los resultados del comercio exterior de México durante el primer semestre del año en curso, no han dejado de producirse los más variados y contradictorios comentarios sobre sus causas y posibles repercusiones.

El hecho de mayor desconcierto en el comportamiento de este sector es quizá el sorprendente crecimiento de las importaciones, frente a un menor aumento de las exportaciones, aunque también elevado, habida cuenta de los factores adversos que han neutralizado el normal desenvolvimiento de algunos de los renglones tradicionales de exportación.

En efecto, durante el primer semestre del presente año, el crecimiento de las importaciones con respecto a igual período del año anterior —en el que se registró un considerable aumento— fue de 33.4% en tanto que el de las exportaciones alcanzó 25.5%. Además, si como generalmente sucede, que la tasa anual de crecimiento de las importaciones iguala o supera a la del primer semestre, en tanto que con la de las exportaciones pasa lo contrario, es de esperarse un mayor distanciamiento entre estos dos indicadores y, por tanto, un cuantioso déficit comercial.

Siendo así, los comentarios y preocupaciones que al respecto se han expresado, tienen, en principio, su razón de ser, por lo que resulta necesario analizar más de cerca tanto las causas como los efectos de dicha situación.

## EXPORTACION

Si bien el aumento de las importaciones es sensiblemente mayor, el de las exportaciones también lo es, pues a pesar de los múltiples factores adversos, principalmente climáticos, que han venido a reducir los volúmenes exportables de ciertos productos, en conjunto las ventas al exterior han logrado crecer en un 25.5% en el primer semestre del año en curso. De hecho, el mismo renglón de productos agropecuarios tratados o beneficiados mostraron un considerable aumento de casi 25% en el mismo período, siendo sólo los primarios y la industria extractiva los renglones que registran descensos. La exportación de productos manufacturados, por su parte, siguió creciendo a un alto ritmo (42.0%), aumentando así su participación al 47% dentro de las exportaciones totales. Por ramas, la de maquinaria, máquinas herramienta, material eléctrico y transportes —que ocupa el primer lugar, en valor, dentro de las manufacturas— creció en un 70% en tanto que los productos químicos, que también ocupan un importante lugar, lo hicieron en un 29 por ciento.

Todo esto hace suponer que de no haberse presentado los factores adversos, el crecimiento de las exportaciones hubiera alcanzado una de sus más altas tasas de aumento, más aún dadas las condiciones favorables de demanda y precios que actualmente existen en los mercados mundiales.

## IMPORTACION

Asimismo, como consecuencia de los factores mencionados, una buena parte del considerable aumento de las importaciones se debe al insuficiente abastecimiento interno, lo que ha obligado a adquirir en el exterior los productos faltantes a precios en general más altos que los acostumbrados.

Así, la importación de algunos de los bienes de consumo, renglón que ha mostrado el mayor crecimiento (72.6%), aumentó en 115% en volumen y 237% en valor. Lo mismo sucedió con las importaciones de materias primas y auxiliares, las cuales registraron un incremento de 40.5% y aumentaron su participación en la importación total en más del 45%. Por el contrario, la importación de bienes de capital mostró un crecimiento bastante menor (21.5%) y su monto total en valor pasó a ser inferior al de las materias primas y auxiliares.

Si bien la escasez de los abastecimientos internos y los altos precios internacionales explican en gran

parte el cuantioso aumento de las importaciones, éste se debe, asimismo, a un alto y satisfactorio ritmo de producción interna, como lo demuestran los diversos indicadores de la actividad económica.

Siendo así, las preocupaciones parecen reducirse exclusivamente a las futuras repercusiones que dichos factores puedan provocar, tanto en el déficit comercial como en el crecimiento de la actividad económica.

Si por un lado ya se han dispuesto medidas tendientes a corregir las repercusiones inflacionarias sobre el aparato productivo, los niveles de ingreso y la inversión tanto a corto como a largo plazo, por el otro, es de vital importancia tomar las medidas necesarias para lograr que dicha situación se neutralice y, de ser posible, se revierta, de tal forma que el país pueda obtener beneficios en lugar de pérdidas.

El alza de las materias primas y los productos agropecuarios es un fenómeno cuya duración abarcará algunos años dado que se debe en gran medida a factores estructurales. Para los productos agrícolas, en la mejor de las circunstancias, será necesario cubrir la demanda atrasada y restituir los *stocks* internacionales. En el caso de las materias primas se observará seguramente un proceso similar, además, de que la puesta en explotación de varias fuentes de recursos primarios escasos demandará un período más o menos largo.

Es pues aún tiempo de corregir y sacar algún provecho de las situaciones que hasta ahora han resultado adversas. Para lograrlo, sería necesario proceder a un minucioso estudio de los más importantes y estratégicos sectores, establecer algunas medidas restrictivas y racionamientos de carácter técnico, de programación de abastecimientos y mejor administración, de tal forma que nuestros excedentes exportables no sólo no se vean reducidos sino aumenten y se benefician de la favorable coyuntura internacional.<sup>1</sup>

## La dimensión internacional de la inflación

La dimensión internacional del fenómeno inflacionario es una de las características que más interesan a los que analizan la actual inflación. Esta ha ido propagándose de país a país y hoy abarca prácticamente a todo el mundo. En las naciones industriales está alcanzando tasas que parecían reservadas al mundo en desarrollo: así, por ejemplo, Japón y Francia llegan al 11% anual y Estados Unidos, que desde agosto de 1971 aplica un programa antiinflacionario, tiene una tasa de 6%. En América Latina, en África y en Asia los países en desarrollo afrontan procesos inflacionarios agudos y graves, unos continuando así una tendencia bien definida en años anteriores —en algunos se trata de un fenómeno tradicional—, otros cayendo en fuertes alzas de precios después de largos años de estabilidad relativa.

Según un reciente informe, fines de julio, de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE) “en la actualidad el problema más grave es el de la inflación, cuya tasa casi se ha duplicado en la mayoría de los países miembros” (como se sabe, entre ellos figuran prácticamente todos los de Europa occidental, Estados Unidos, Canadá, Japón y Australia, o sea el mundo industrializado). Dos meses antes, a principios de junio, en una declaración, el Consejo de la OCDE había expresado “su inquietud ante la persistencia y el incremento de las presiones inflacionarias” y había manifestado que “la tasa de alza de los precios y la propagación de la inflación de país a país hacen de la lucha contra la inflación una cuestión de interés común y una obligación común”. Naturalmente, como siempre, el Consejo de la OCDE estimaba necesario que se prevenga “la aparición de presiones excesivas de la demanda”.

¿Qué factores están determinando, en sus líneas generales, el fenómeno inflacionario tal como se presenta en nuestros días, con amplitud universal y marcada intensidad? No nos referimos, claro está, a esa bien conocida inflación aguda y persistente que azota a buen número de países latinoamericanos y que ha dado lugar a la renombrada querrela de los estructuralistas y los monetaristas, sino a un fenómeno de índole más vasta, que se presenta en todas partes y que es objeto por igual de la preocupación y de las decisiones de los gobiernos de países industriales y de países en desarrollo. Según los expertos más connotados cabe encontrar algunas características que se dan ahora, y no se daban antes, o por lo menos no se daban con parecida agudeza. Una de esas características estriba en que cuanto más capaces son las políticas económicas para evitar las depresiones, más importantes parecen ante la inflación. En un estudio publicado a fines de 1970, la OCDE decía textualmente al respecto:

<sup>1</sup> Véase el editorial “La dimensión internacional de la inflación” en este mismo número de *Comercio Exterior*.

El problema de la inflación de hoy se deriva en parte del indiscutible éxito alcanzado por las políticas económicas de posguerra en otras direcciones, en particular el éxito sin igual en lograr altos niveles de empleo. Paradójicamente, a medida que un país tras otro mostraba su capacidad para evitar una recesión seria, la tarea de controlar la demanda global se hacía más difícil cada vez. Al tiempo que se mitigaban los temores de una recesión, la respuesta a políticas restrictivas monetarias y fiscales se ha hecho menos rápida y menos marcada. Los consumidores se han tornado más capaces y más dispuestos a dejar que descienda temporalmente su tasa de ahorro; los empresarios, menos inclinados a contraer sus planes de inversión. Como resultado, ha habido una tendencia consistente a subestimar la fuerza ascensional y la recuperabilidad de la demanda privada de parte de las autoridades nacionales y de los observadores ajenos (incluida la OCDE).

Más concretamente, en lo que se refiere a Estados Unidos, un concepto parecido ha sido expuesto por el presidente de la Junta de la Reserva Federal. Ha dicho: "Las grandes depresiones en la actividad económica, que conocieron y temieron las generaciones anteriores, ya no representan una grave amenaza. Y aunque las recesiones todavía resulten gravosas, tienen menor alcance y menor frecuencia que antes. . . El propio éxito de los Estados Unidos al limitar la disminución de la actividad económica ha llegado a ser fuente importante del persistente problema inflacionario de nuestro tiempo".

Parece existir, por consiguiente, un vínculo entre la 'atenuación de las crisis económicas y el agravamiento del fenómeno inflacionario. ¿Será porque, sin duda a menor costo y menos dolorosamente, la inflación forma parte del ciclo del sistema económico? En todo caso, lo que no está en duda es que la inflación acentúa la injusticia social, al promover una redistribución regresiva del ingreso a beneficio del sector empresarial y a costa del sector de ingresos fijos, principalmente de los trabajadores.

Desde luego, la inflación internacional ha servido, finalmente, para superar el estancamiento económico, "en una situación —según la OCDE— que no era la más indicada para inspirar confianza a las empresas".

Ahora bien, la dimensión internacional del proceso inflacionario ha contribuido a debilitar la efectividad de las medidas nacionales de estabilización y, además, ha puesto de relieve una vez más el papel desequilibrador del mercado internacional de capitales más caracterizado, el de euromonedas, especialmente eurodólares. Sin duda, la gran acumulación de excedentes de dólares, que gozan de perfecta movilidad, hace que se agrande la brecha mundial dinero-bienes, al crearse enormes sumas de crédito adicional con base en dichos excedentes. Como dentro del mercado de eurodólares los principales operadores son las corporaciones transnacionales, incluidas las bancarias, es indudable que en la propagación inflacionaria éstas ejercen una influencia decisiva. Además, entre los factores internacionales generadores de inflación figuran los grandes desequilibrios en las balanzas de pagos básicas y las excesivas acumulaciones de monedas de reserva. Se ha podido sostener que no es concebible un eficaz sistema monetario reformado con paridades fijas, sin que sea dominada la inflación.

Dentro del marco general que se desprende de los aspectos señalados, la inflación internacional que hoy presenciamos y padecemos se halla estrechamente relacionada con la situación de los mercados y precios de productos básicos. Se ha podido afirmar repetidamente que la fuerte alza de los artículos alimenticios y materias primas está anulando, casi en todas partes, el efecto de la intensificada campaña para contener la inflación lanzada en los meses finales de 1972. En octubre de dicho año, el Consejo de Ministros de la Comunidad Económica Europea había adoptado un plan antiinflacionario que limitaba a 4% en 1973 el aumento de los precios. En los últimos días de junio del presente año, la CEE ha tenido que dar por fracasado su plan anterior y elaborar otro, en el que se insiste en la contracción crediticia y la aplicación de políticas presupuestarias más estrictas, acompañada de medidas fiscales que graven los altos ingresos. En Estados Unidos, después de que durante la fase II de su programa antiinflacionario fase que se extendió por todo 1972, se consiguió bajar la tasa del 5 al 3.5%. En lo que va de 1973 se ha observado un robustecimiento de las presiones inflacionarias, que han llevado la tasa a casi el doble de aquélla. Paralelamente, se asiste a una rivalidad internacional en las alzas de las tasas de interés, tanto por motivos antiinflacionarios como de defensa de balanza de pagos. Pero en lo que se refiere al primer efecto, es indudable que la subida de las tasas de interés es arma de dos filos.

La inflación impulsada por los productos primarios, causa más visible del fenómeno que contemplamos, se debe, a juicio de los expertos, a un ascenso de la demanda mundial de alimentos y otros bienes primarios, en una época de malas cosechas y escaseces en todo el mundo. La economía mundial vive una etapa de extraordinario auge, que crea demanda para casi todo: la OCDE prevé que este año el crecimiento del producto combinado de los países industriales miembros será de 7 a 7.5%. Un auge simultáneo en gran escala como éste no ocurría desde principios del decenio de los años 50, cuando con la guerra de Corea también se produjo una explosión inflacionaria por alza de precios de los productos primarios.